

Ramón Zapata



*Libros que leyó el
Libertador Simón Bolívar*



Universidad de Bogotá
JORGE TADEO LOZANO

Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar

Zapata, Ramón
Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar. - Bogotá: Fundación
Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2003.
158 págs.; 24 cm.

ISBN 958-9029-57-4

1. Bolívar, Simón (1783-1830) - Libros y lectura. i. Tit.
CDD-923.587Z35

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Carrera 4 N° 22-61 / PBX: 242 7030 / www.utadeo.edu.co

Rector: Jaime Pinzón López

Director Editorial: Alfonso Velasco

*Las opiniones expresadas en los textos de este libro son responsabilidad
exclusiva de sus autores.*

Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar

ISBN 958-9029-57-4

Segunda edición: octubre de 2003.

© Ramón Zapata

© Instituto Caro y Cuervo

© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Diagramación y cubierta: Claudia Lorena Domínguez P. y César Fernando
Garzón P.

Impresión: Servigraphic

Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar

Contenido

<i>Ramón Zapata</i> , por FELIPE ZAPATA.....	9
<i>Prólogo</i> , por EDUARDO SANTA.....	11
<i>Comentario</i> , por MAX GRILLO	15
<i>Prolegómenos</i>	21
I. BOLÍVAR Y LOS LIBROS.....	25
La amistad de los libros.....	27
Influencia de los libros.....	33
Bolívar y su cultura.....	34
Francia	36
La influencia de ‘Robinson’.....	36
II. SUS VIAJES A EUROPA.....	39
Primer viaje de Bolívar a Europa.....	41
Segundo viaje a Europa.....	42
En Viena.....	44
Retorno a los libros.....	48
Humboldt, América y Bolívar	49
En París.....	50
III. AUTORES FRANCESES.....	51
Voltaire.....	53
Humboldt.....	56
Rousseau.....	57
Diferencias entre Rousseau y Bolívar	59
Las razones de Rousseau.....	60
Los motivos de Bolívar.....	61
¿Psicópatas?.....	62
Al través de las obras de Rousseau.....	63
Montesquieu.....	65
El ideal de libertad.....	66
Gobiernos paternos.....	67
Individualismo.....	67
Grandes y pequeñas repúblicas.....	68
La economía.....	68
Adaptación de las leyes.....	69

Derecho de gentes, político y civil.....	69
Condillac.....	70
Buffon.....	71
D'Alembert.....	73
Helvetius.....	74
Rollin.....	75
Berthollet.....	76
Lalande.....	76
Mably.....	78
Dumeril.....	79
Racine.....	79
Corneille / Molière.....	80
Napoleón Bonaparte.....	81
«Carta de los cien días».....	84
La <i>Guerra de los dioses</i>	84
Nuevo encuentro con Alejandro de Humboldt.....	85
IV. AUTORES INGLESES.....	89
Inglaterra.....	91
Constitución y política.....	91
Alejandro Pope.....	93
Milton.....	94
Locke.....	95
«No admito ideas innatas».....	96
Precursores de Locke.....	97
Locke en Francia.....	98
Cartas sobre la tolerancia.....	98
Locke en moral.....	98
Adam Fergusson.....	99
Bacon.....	100
Walter Scott.....	101
Jeremías Bentham.....	102
V. AUTORES ITALIANOS.....	105
Roma.....	107
La Constitución romana.....	109
Horacio / Boileau.....	109
Julio César.....	112

Tácito.....	112
La <i>Eneida</i>	113
Juramento del Monte Sacro.....	113
Filangieri.....	116
VI. AUTORES GRIEGOS.....	119
Grecia.....	121
Nombres griegos.....	121
Frasas helénicas.....	121
La <i>Ilíada</i> y la <i>Odisea</i>	122
Semblanza de Grecia.....	124
Argos.....	124
Ítaca.....	124
Ática.....	124
Homero.....	125
La lírica.....	126
Plutarco.....	126
Diógenes.....	127
VII. AUTORES ESPAÑOLES.....	129
Don Quijote y Bolívar.....	131
El eco del Quijote.....	132
La lírica.....	133
Novela.....	133
Influencia italiana.....	134
El Siglo de Oro.....	134
Grocio.....	136
Antonio de Solís y Antonio de Herrera.....	137
Fray Bartolomé de Las Casas.....	138
APÉNDICES.....	141
I. América.....	142
II. Libros de Bolívar.....	149
1.	149
2. Memoria de libros.....	152
3. Curiosidades bibliográficas.....	154
OBRAS CITADAS.....	155

Ramón Zapata Olaya

Por Felipe Zapata

Doctor en Filosofía y Letras, profesor de enseñanza secundaria, nació en Bogotá el 31 de agosto de 1892, y murió el martes 28 de junio de 1977. Hizo estudios primarios en la Escuela Apostólica de los Hermanos Cristianos; estudios secundarios en el Seminario Conciliar de Bogotá, hasta obtener el título de bachiller en 1913. Realizó estudios profesionales en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, entidad que le otorgó el título de doctor en Filosofía y Letras el 8 de noviembre de 1919.

Desde 1916 ejerció el profesorado de enseñanza secundaria. Fue: secretario de la Escuela Superior de Agronomía; rector del Colegio San Simón, en Ibagué; director y redactor de la «Página Educativa» de El Nuevo Tiempo; director de Educación Pública del Tolima; profesor de la Escuela Nacional de Comercio y, durante 23 años, profesor de la Escuela Militar de Cadetes y de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias de la Educación y de la Academia Nacional de Historia, como heredero de las tradiciones educativas de su abuelo Dámaso Zapata, dejó una brillante hoja de servicio en la educación de la juventud colombiana.

Elaboró una gran bibliografía sobre historia y castellano, materias éstas en las cuales era una autoridad, y una serie de libros sobre instrucción pública, sobre el Libertador Simón Bolívar y sobre el Sabio Caldas, lo mismo que un texto sobre raíces griegas y latinas de uso en medicina.

Publicó también La educación y la instrucción en Colombia, Granjas populares para la educación agrícola de la mujer, Ediciones de historia de la literatura colombiana, Dámaso Zapata y la reforma educacionista en Colombia, De los hombres que hicieron historia, Felipe Zapata, el vidente, La Quinta de Bolívar en Bogotá, Charlas pedagógicas, La gran culpabilidad —sobre el asesinato, el 9 de abril de 1948, del dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán, que dio origen al llamado ‘Bogotazo’—, y Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar, a raíz de los acontecimientos el 9 de abril de 1948.

Ramón Zapata fue en esencia un maestro, que en primera acepción quiere decir el que enseña una ciencia o arte.

Dueño de una recia personalidad, era elocuente en la cátedra y retraído en sus relaciones con la comunidad.

Conocía como propios el latín y el griego; de ahí su fácil y continuo contacto con las obras literarias de todos los clásicos de la Antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas, al igual que con los clásicos modernos de España, Italia, Francia y gran parte de los ingleses.

Como secretario que fue de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, tuvo el privilegio de disfrutar a sus anchas de la biblioteca del Libertador en la Quinta de Bolívar, entregada a su cuidado.

Fue el forjador de toda una generación de hombres que descollaran en el buen manejo de la cosa pública, como en sus vidas privadas, no sólo por su ilustración académica, sino también por los principios éticos que recibieron de su maestro para que fueran hombres de recia moralidad, de grande amor a la patria y, como él, eternos amantes de la obra del Creador.

Fue poeta sin hacer poesía, y músico sin escribir una partitura; de ahí que, por ello, por su grande sensibilidad frente a todos los acontecimientos de la vida, yo, Felipe Zapata, su hijo, como un homenaje póstumo a su amable discurrir por la tierra, me haya interesado, con todas mis fuerzas, en lograr la publicación de este libro, original en su temática y en el que campea un estilo de gran precisión y de sencilla elegancia; y el cual servirá como tema de estudio e ilustración para las generaciones presentes y futuras.

Este trabajo tuvo su comienzo en los años 70, y fue elaborado con la minuciosidad propia de un investigador, de un lector nato, que intercalaba su labor de maestro con la de escritor.



Prólogo

Por Eduardo Santa*

Cuando se estudia la vida de un grande hombre, los biógrafos suelen seguir cronológicamente el itinerario de sus hechos notables, de aquellos acontecimientos de su vida pública y privada que fueron hitos de su existencia y que quedaron allí, detenidos en el tiempo, señalando los perfiles mismos de la personalidad que se proponen definir y analizar. Raras veces se detienen en el señalamiento de sus lecturas, de sus libros y autores preferidos, para destacar las influencias que éstos ejercieron sobre sus vidas y sobre las obras que aquéllos nos legaron. Error imperdonable, si se tiene en cuenta

* Eduardo Santa nació en la población colombiana de Líbano, en el departamento del Tolima, el 2 de enero de 1927.

Estudió Derecho y Ciencias políticas en la Universidad Nacional, la cual le otorgó el título de Doctor en 1953. Posteriormente hizo cursos de Sociología en la Universidad Autónoma de México y de Ciencia política en el International Study Center, de Nueva York.

Ha representado a Colombia en varios congresos internacionales, entre ellos: El VI Congreso de Sociología, en Morelia, México, el 1955; el X Congreso Mundial de Filosofía del Derecho, en México, en 1980, y el III Congreso Iberoamericano de Historia, en Montevideo, Uruguay, en 1993.

Fue Director de la Biblioteca Nacional de Colombia, durante varios años, y Rector de la Universidad Central de Bogotá.

La Universidad Nacional de Colombia, de la cual ha sido profesor durante más de veinte años, le otorgó el título de Profesor Emérito en 1983 y el de Maestro Universitario en 1986. Ha sido condecorado por varias instituciones y países.

Fue fundador y presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas de Colombia y ha publicado cerca de veinte libros de diferentes géneros: historia, novela, cuento y poesía. Entre ellos: *La provincia perdida* (relato), *Sin tierra para morir* (novela), *Arrieros y fundadores* (historia), *Sociología política de Colombia*, *Nos duele Colombia* (ensayos), *Cuarto menguante* (novela), *El pastor y las estrellas* (relato), *Los caballos de fuego* (cuentos), *La colonización antioqueña* (ensayo), la conocida biografía de *Rafael Uribe Uribe y López de Mesa y la cultura colombiana* (ensayo).

Actualmente es miembro de la Academia Colombiana de Historia, de la Academia Colombiana de la Lengua, de la Real Academia de Historia de España y de la mayor parte de las Academias de Historia del Continente.

que las lecturas son indudablemente el más importante bagaje que han tenido en el maravilloso peregrinar por la existencia y que ellas han sido, en la mayoría de los casos, el factor determinante para sus más importantes empresas. Lo cual no solamente es válido para los grandes hombres, sino también para el hombre común; por lo cual se ha dicho y repetido tantas veces aquel famoso aforismo: «Dime qué lees y te diré quién eres». De ese error no está exenta la mayor parte de las biografías que se han escrito, hasta ahora, sobre el Libertador Simón Bolívar.

Ese vacío inexplicable lo ha venido a llenar el historiador y catedrático, ya fallecido, don Ramón Zapata, en su interesante y ameno libro titulado *Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar*, publicado gracias al interés de su hijo, don Felipe Zapata. De su lectura se desprende y se confirma que Bolívar no era, como lo describen algunos de sus biógrafos, un individuo de una educación descuidada, un simple autodidacta, sino, por el contrario, una personalidad de una sólida cultura y, sobre todo, un lector infatigable. Un hombre que amó los libros hasta el delirio y que supo extraer de ellos sus mejores enseñanzas, haciendo de la cultura el eje mismo de su actividad, como lo podemos comprobar en todas sus proclamas, memorias, cartas y demás documentos públicos y privados, que hoy están cuidadosamente ordenados por don Vicente Lecuna y por los demás estudiosos del grande hombre. De dicha lectura se desprenden varias cosas importantes, además de su estilo brillante y claro que denota la perfecta asimilación de los mejores escritores que alimentaron su espíritu, desde las motivaciones de orden cultural que tuvo para realizar sus grandes empresas, empezando por la Independencia misma, hasta sus ideas políticas, sus afanes por organizar constitucionalmente los países que había libertado, sus gustos literarios y su concepción del mundo y de la vida.

Rastreando esos documentos personales del Libertador, don Ramón Zapata ha logrado escribir, en magnífica síntesis, lo que pudiéramos llamar la biografía espiritual del héroe, destacando los puntos culminantes en la trayectoria de su pensamiento, vale decir, de su maravillosa aventura intelectual, de la cual son hijas todas sus empresas.

Cuando uno imagina a Bolívar recorriendo a caballo miles de kilómetros, vadeando ríos, atravesando cordilleras, salvando abismos, bajo el sol y la lluvia, en penosas jornadas de cansancio; o cuando lo ve en el recuerdo librando tantas batallas, o en su agitada vida social, llena de compromisos; en sus luchas políticas tan ardorosas; o en medio de la turbulencia de su vida privada,

con tantas batallas en el amor como en la guerra, no puede explicarse fácilmente a qué horas ni con qué tranquilidad pudo nuestro Libertador hacer un acopio tan grande de lecturas como las que se desprenden de este libro de don Ramón Zapata.

Que era un lector infatigable nos lo demuestran, pues, sus propios escritos, además de los testimonios de las personas que estuvieron más cerca de su vida pública y privada, entre los cuales están el general O'Leary y Perú de Lacroix. El primero nos dice, en sus extensas memorias, que «El Libertador leía mucho, y daba su preferencia, en los escasos ratos de ocio, a las obras de historia»; y el segundo nos cuenta, en su controvertido *Diario de Bucaramanga*, que «en la conversación hace muchas citas, pero siempre bien traídas. Voltaire es su autor favorito, y tiene en la memoria muchos pasajes de obras, tanto en prosa como en verso». Es entonces cuando el lector interesado en la vida del grande hombre, puede imaginarlo leyendo siempre en su móvil hamaca, durante horas enteras, en las tardes de descanso o en los intensos amaneceres, en espera del nuevo vivac guerrero que muy pronto vendrá a perturbar la paz de su espíritu. Su amor por las cosas de la cultura, y particularmente por la lectura, no podía ser menor en una persona que había tenido como profesores, desde su más tierna infancia, a hombres como don Simón Rodríguez y don Andrés Bello, y que, en pleno esplendor de su gloria, pudo codearse y compartir horas de amistad con gentes como Humboldt y Olmedo. Pero es el mismo Bolívar quien se refiere concretamente a sus lecturas y autores favoritos en carta a Santander, escrita en Arequipa en 1825, cuando dice refiriéndose a su prolija formación intelectual:

[...] Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando y aprendí los idiomas extranjeros, con maestros selectos en Madrid; todo bajo la dirección del sabio marqués Uztaris, en cuya casa vivía. [...]

Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y el error; pero puede ser que Mr. Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthollet y todos los clásicos de la Antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses.

Todo esto lo digo muy confidencialmente a usted para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación, como dice Mr. Mollien: aunque, por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción puede serlo en América bajo el poder español.

Se incluye en esta edición el comentario que hace varias décadas hizo el escritor colombiano Max Grillo, el cual pone de manifiesto la vigencia de esta importante obra. El señor Grillo, quien fuera amigo asiduo del autor, hace una serie de comentarios muy pertinentes a la obra de don Ramón Zapata, los cuales orientan al lector y evidencian que este libro, a pesar de haber permanecido inédito durante tantos años, sigue siendo un libro de mucha actualidad y, sobre todo, de innegable utilidad para los historiadores de las ideas políticas y para todos aquellos que tengan interés en conocer una de las facetas más notables del prócer americano.



Comentario

Por Max Grillo*

Es, el autor del libro para el cual escribo este comentario, un maestro. Maestro es, en primera acepción de la palabra, el que enseña alguna ciencia o arte. Pues bien, don Ramón Zapata hace muchos años que profesa la noble arte de difundir, en las aulas de las escuelas y colegios de primera categoría, la historia de las literaturas y el castellano.

Es admirable expositor cuando, analizando el contenido de los escritores clásicos, enseña a pensar a sus alumnos. El estudiante al cual ha impresionado la consecuencia política, histórica o social que él mismo –mediante el concurso del profesor– deduce acerca del pueblo español, por ejemplo, después del

* Literato, abogado, nació en Manizales el 28 de agosto de 1868. Hizo estudios de literatura en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en donde obtuvo grado de bachiller. Cursó estudios profesionales en la facultad de derecho de la Universidad Nacional, en donde obtuvo el grado de doctor en Derecho y Ciencias Políticas el año de 1892. Dedicó sus actividades especialmente a la literatura, el periodismo y la diplomacia. Falleció en Bogotá el 9 de diciembre de 1949.

Intervino en la guerra civil de 1899 a 1902, habiendo luego recogido sus impresiones y emociones de aquel episodio histórico en un libro. Recién graduado (1892), fundó la *Revista Gris*, publicación que inició en Colombia el movimiento literario modernista; fue fundador en 1904, terminada la guerra civil y de regreso de los campos de batalla, de la *Revista Contemporánea*, en donde continuó su actividad literaria, agrupando a los elementos del mundo de las letras de entonces.

Posteriormente fue un asiduo colaborador de la sección literaria de los principales diarios y revistas de Bogotá, especialmente del suplemento literario de *El Tiempo*, de *Trofeos*, de *El Nuevo Tiempo Literario*, de Medellín; de *El Cojo Ilustrado*, de Caracas; de *Nosotros*, de Buenos Aires; de *Renacimiento*, de La Habana; de *Revista Mexicana*, de México; de *La Lectura*, de Madrid, y de *Hispania*, de Londres. Fundó también dos periódicos de combate: *El Vigía* y *El Autonomista*, de corta duración.

En la diplomacia fue secretario de la Legación de Colombia en Bolivia y encargado de negocios allí mismo; y secretario de la Legación en el Brasil de 1911 a 1916.

Escribió: *Emociones de la guerra* (1903); *Vida nueva* (drama, 1908); *Almas dispersas* (1911); *En espiral* (poesía, 1916); *Ensayos y comentarios* (1927), y *Raza vencida* (inspirado drama en verso). Fue representante a la Cámara y senador de la República (1935-1939), en representación del partido liberal.

examen del Alcalde de Zalamea o de la Fuenteovejuna, no descansa hasta leerse entero el drama calderoniano o la comedia del Fénix de los Ingenios.

Cuando el país admira la cultura de los oficiales del ejército, sabe, acaso, que a maestros de clara inteligencia y acendrado civismo débense, en gran parte, la compostura, el culto al honor militar, el respeto a las leyes y al derecho que son normas de la institución armada, cuya buena fama extiéndose por el continente hispanoamericano. Coincidió la fundación de la Escuela Militar con el despertar en nuestro país de los estudios históricos. La vida y los hechos de los próceres granadinos fueron temas de las lecciones de profesores ilustres. Los jóvenes que iban a ceñir espada diéronse cuenta de la excelsa parte que en el desarrollo y educación del espíritu civil de la nueva Colombia había tenido Francisco de Paula Santander, perseguido en ocasiones en las escuelas confesionales, nunca sinceramente admiradoras del grande hombre que sostuvo heroicamente los principios democráticos en la hora de la disgregación de la república que había contribuido a fundar entre el estruendo de las armas.

Nació Ramón Zapata con el signo de los predestinados a la enseñanza de la juventud. El ejemplo de aquel su ilustre antepasado, Dámaso Zapata, estimuló su vocación. No es un maestro que se consagre a repetir las lecciones de los textos de historia o de gramática castellana. Es un animador de las iniciativas de sus alumnos. Tiene siempre algo nuevo que decirles. Jamás pierde la paciencia. Así como lo conocéis en el trato con los hombres, correcto en el decir, de ademanes moderados, sonriente y modesto, así permanece en el aula.

Una vez que visitaba con un grupo de estudiantes la Quinta de Bolívar, y como se hallasen en una sala en donde se conserva una biblioteca que no fue del héroe, uno de los muchachos preguntó a Zapata si el Libertador había leído todos aquellos libros. Pregunta bien natural, porque la aludida biblioteca no debería estar en la Quinta. Nació allí la idea de escribir el libro que publica ahora. Tanto se ha escrito sobre Bolívar y tanto se sigue escribiendo, que, al componer un libro acerca de las obras que leyó el gran caudillo, debemos aplaudirlo por su interés y por lo mucho de original que en sí mismo sugiere el tema. Asunto vastísimo, pues requería profundo análisis y atrevido criterio para discriminar hasta dónde las ideas expuestas en los libros leídos por el Libertador influyeron en la formación de su espíritu, en su educación política, en su estilo oratorio y en su concepción del Estado.

¹ La biblioteca en referencia se halla en la Casa-Museo del 20 de Julio desde 1960.

Es necesario convenir en que Simón Bolívar, al llegar a España en su primer viaje, adolescente de diecisiete años de edad, no poseía mayores conocimientos. Era un muchacho alegre, de gran viveza y simpatía, al cual no interesaban los libros y las ideas contenidas en los libros. Es verdad que había recibido en Caracas –como él refiere a Santander en carta escrita desde Arequipa, el 20 de mayo de 1825– las lecciones de gramática de Andrés Bello, las de matemáticas en la Academia del padre Andújar y las del que fue más adelante su verdadero preceptor, el célebre ‘Robinson’ o Simón Rodríguez. En la carta en donde relata el viaje, escrita en el puerto de Veracruz, camino de España, dirigida a su tío Pedro Palacio y Sojo, revela, según un autor, «estilo detestable y adocenado, además con asombrosas faltas de ortografía».

He aquí un tema de meditación. A la edad en que Bolívar escribía esa carta no puede predecirse el destino, ni siquiera pesar las capacidades intelectuales de un joven. Las sorpresas que da su vida suelen ser asombrosas.

El señor Zapata entra en disquisiciones eruditas para juzgar la literatura de la decadencia española. Pero no puede decirnos qué libros leyera entonces el garzón caraqueño. Supone que una de las lecturas fue Don Quijote.

En su segundo viaje a España, Bolívar, quien retornaba a la cuna de su esposa, muerta en los albores de su matrimonio, el caraqueño cuyo destino habría de consistir en apresurar el tiempo a un fin preclaro, se encuentra con un desabrido, en donde la imbécil política del primado del monarca ordena la desocupación de la ciudad, en término perentorio, a todo forastero, incluso a los súbditos de las colonias españolas. Indignado Bolívar, encaminase a Francia, en donde, a pesar del Imperio, la Revolución Francesa había dejado sus carbones encendidos. Pero antes de partir ya había prestado el juramento solemne en la Gran Logia Americana. En ese juramento se decía: «Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y, siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tu alcance a que los pueblos se decidan por él». Con este juramento basta para presentar en Bolívar al futuro conductor de la revolución emancipadora. No se necesitaba del juramento del Aventino o del Monte Sacro, que –parece– fue invención de don Simón Rodríguez.²

A los historiadores desprevenidos les es difícil admitir que un semifilósofo, en muchas cosas estrafalario, Simón Rodríguez, poseyera tan extraordinaria

² Léase en *Bolívar*, de Jorge Ricardo VEJARANO, 1947, lo que dice acerca del juramento del Monte Sacro.

influencia en la formación del carácter del futuro Libertador. Mas no puede negarse esa influencia, casi decisiva en la educación del insigne caraqueño.

El enlabiador, chabacano con frecuencia y, en raras ocasiones, socrático, inició a su discípulo en los juegos de la retórica. Era Rodríguez el hombre de un solo libro: el Emilio, de Juan Jacobo Rousseau, en las páginas del cual se contenía la última palabra en materia de educación sentimental. El joven caraqueño, adiestrado por los consejos francmasones, al encontrarse en Francia, sintió ensanchar los horizontes de su espíritu. A medida que leía las obras de los Enciclopedistas, que le proporcionaba su maestro, su orgullo de criollo expulsado de España se recreaba saboreando las páginas de Voltaire, en donde el satírico hace mofa de los prejuicios y de los atrasos de las ideas y de la vida al otro lado de los Pirineos. Micromegas reíase a sus anchas de las filosofías medievales de España.

Bolívar, escribe Ramón Zapata, no sólo conoció a fondo la literatura francesa, sino que, merced al idioma de Rousseau y de Voltaire, pudo penetrar en la intimidad de las letras de otras nacionalidades. En la Lista de libros de S. E. el Libertador, que condujo el capitán Emigdio Briceño, remitidos de Guayaquil por el entonces coronel Tomás Cipriano de Mosquera a Bolívar, cítanse numerosas obras francesas.

El señor Zapata, en su interesante libro, no pudiendo darnos las opiniones de Bolívar acerca de los autores por él leídos, hace análisis crítico de las ideas de éstos, revelando gran erudición al intentar resumir en pocas páginas las literaturas europeas. Todo hace creer que Bolívar profesaba especial afecto por Voltaire.

De Lacroix –escribe Zapata– se encarga de declararnos en su célebre Diario de Bucaramanga, la predilección del Libertador por el anciano de Ferney cuando le atribuye estas palabras: «En Voltaire se encuentra todo: estilo, grandes y profundos pensamientos filosóficos, crítica fina y diversión»; y en otro pasaje del citado libro: «En la conversación [Bolívar] hace muchas citas, pero siempre bien traídas. Voltaire es su autor favorito, y tiene en la memoria muchos pasajes de sus obras, tanto en prosa como en verso».

Nadie niega la influencia definitiva que sobre la formación del carácter y de la obra de Bolívar tuvo la Revolución Francesa. Él es un resultado de las ideas que produjo esa revolución. El prólogo del reconocimiento de los derechos del hombre lo escribieron los Enciclopedistas. Bolívar encontró hecha la revolución. Su espíritu, ansioso de novedades y de gloria, se solazaba amando

y comentando a los evangelistas franceses. Dos hombres de acción produjo la revolución: uno, sobre el rescoldo de sus ideas, creó el Imperio; el otro, un criollo sudamericano, en pos de una guerra de quince años por la Independencia, no quiso imitar a Bonaparte al ceñirse la corona, pero asumió la dictadura. Toda gran revolución termina siempre así, desde los tiempos romanos hasta los tiempos soviéticos.

En su concepción del Estado nunca tuvo Bolívar ideas estables. Unas veces procede como Cincinato, otras como Espartaco. Habla unas veces como Temístocles y otras desciende en palabras y en actos hasta igualarse a cualquiera de los caudillos venezolanos.

Este libro acerca de los autores que leyó el Libertador es contribución bastante notable en el estudio de Bolívar.

Ramón Zapata ha compuesto una obra merecedora de todo aplauso, en la cual campea un estilo de gran precisión y de sencilla elegancia.



Prolegómenos

No son pocas las biografías de la vida y hazañas de Simón Bolívar. Todas ellas dan testimonio de que aún no ha nacido el verdadero biógrafo del Libertador. La vida de ciertos genios no siempre está al alcance de todos los pretendientes, afectos o desafectos, que quieran comprenderla en toda su complejidad y magnitud. Y no es que carezcan de méritos auténticos, literarios y de otro orden, sino porque las exigencias del prócer están a una altura y abarcan una amplitud de aspectos no comunes, de proyecciones que se agigantan con el tiempo. De ahí que, si aquéllas han satisfecho los anhelos biográficos de sus autores, no podemos decir otro tanto de sus lectores.

Desde luego, Bolívar no carece de imperfecciones y defectos. Los héroes como los genios, integralmente perfectos, no son hombres, y al divinizarlos carecen de atractivo humano, y como no es posible transformarlos en divinidades los convertimos en seres inclasificables y extrahumanos. Deificar a los hombres con el pretexto de presentarlos como dechados de todas las virtudes es falsearles su auténtica personalidad. Y así desfigurados, pierden su interés, y es labor inútil y necia pretender ponerlos de modelo.

Entre las tentativas de traducir en palabras la personalidad del grande americano, desde luego no podría faltar el tributo de los malquerientes. ¿Qué hombre extraordinario no los ha tenido? Mientras tanto, la memoria

del Libertador sigue cumpliendo el pronóstico del cura de Choquehuanca –convertido en lugar común–: «Crecerá vuestra gloria como crecen las sombras cuando el sol declina».

La vida del héroe americano ha sido enfocada desde distintos puntos de vista y países. Estos intentos nos han presentado a Bolívar más de acuerdo con las personalidades de los biógrafos que del biografiado.

Y como todos los grandes redentores sociales han tenido que luchar contra los distintos aspectos de la iniquidad humana, naturalmente han sido incomprendidos por muchos. El crítico sólo perdona en razón directa de su entendimiento y comprensión.

Pero, si bien se miran las cosas, no siempre, quizá nunca, han sido los desafectos lo suficientemente eficaces para lograr menoscabar a los benefactores humanos. Los escritos difamatorios han contribuido a realzar sus cualidades. La diatriba en no pocas ocasiones suele trocarse en alabanza y prenda de virtud.

Observa Marius André, en su libro *Bolívar y la democracia*, que

la mayor parte de sus panegiristas americanos [los de Bolívar] hablan sin entusiasmo, si no es que lo escamotean, cuando se halla en el período más noble y más patético de su existencia, el que más ha merecido la admiración y reconocimiento del mundo civilizado, particularmente de su América... Tienden un- velo vergonzoso sobre el Bolívar de 1828, y nos hablan largo y tendido sobre las circunstancias atenuantes a su favor. *«Hay que excusarle, hay que perdonarle: su genio se hallaba obscurecido bajo la influencia de una enfermedad que ya estaba minando su cuerpo; eso explica el que se hiciera clerical y reaccionario».*

¿Tiene esto explicación?

El mismo André comenta en parte al hablar de aquel período:

Ya no hay Parlamento, ni se ha adoptado Constitución alguna; no hay nada. Sí, es el grito que se escucha por todas partes: todavía existe Bolívar. El pueblo manifiesta su voluntad, ya directamente, ya por medio de sus magistrados municipales: el 13 de junio, una reunión magna de autoridades y del pueblo de Bogotá acuerda desobedecer a todo acto o reforma que emane de una Convención que no es resultado de la voluntad general; revocar los poderes a los diputados de provincia e invitar a Bolívar a que se encargue del gobierno de la nación con poderes amplios hasta el día en que crea

¹ La parte subrayada se ha sacado de la *Política positiva*, de Augusto COMTE.

oportuno convocar un nuevo Parlamento. Los otros municipios siguen este mismo ejemplo; el movimiento se propaga por Venezuela; y Páez mismo, el turbulento y ambicioso Páez, le patrocina y sanciona los votos de los cuerpos constituidos y de los ciudadanos. Las autoridades de Caracas, como antes las de Bogotá, prestan juramento de obediencia al Libertador, a él solo. Todas las personas honradas se unen ante la inminencia del peligro: todos piden un amo, un jefe, aquél que pueda salvarlos. En espera de que se elija nueva asamblea constituyente que pueda legislar, Bolívar se halla inyectado de la dictadura, legalmente y por un impulso irresistible del pueblo.²

Por estas razones, no puede afirmarse de Bolívar: «Fue un hombre de una sola pieza. Jamás incurrió en contradicciones. Jamás traicionó sus ideales», epitafio éste de Eça de Queiroz sobre la tumba del Pacheco que inmortalizó el escritor lusitano. A propósito comenta ‘Calibán’, el ilustrado comentarista de *El Tiempo*:

Los verdaderos estadistas, creadores, renovadores, rebeldes a la mediocridad, políticos de altura, nunca siguieron la línea recta que conduce a la esterilidad y al conformismo. Clemenceau, Churchill y De Gaulle son ejemplos de la evolución y aun de la contradicción permanente en las ideas y en las prácticas políticas. Así supieron modelar los destinos de sus pueblos... ¿Y Chateaubriand? Hombre de letras el más glorioso, cuya prosa tiene perfiles de eternidad, fue también político contradictorio.

Y basta de ejemplos, que podrían prodigarse, de los más célebres políticos de otros países, para observar que la evolución mental del verdadero hombre de Estado es signo de indiscutible superioridad.

Pero no es posible fijar la atención en Bolívar sin que de ello se beneficie nuestro espíritu:

El grande hombre –dice Carlyle– es foco de vívida luz, manantial en cuya margen nos extasiamos, claridad que disipó las sombras del mundo, no a modo de lámpara refulgente, sino como luminaria natural, resplandeciendo como don celeste; es una cascada fúlgida, abundante en íntima y nativa originalidad, nobleza, virilidad, egoísmo, a cuyo contacto no hay alma que deje de sentirse en su elemento.

Libros que leyó el Libertador no es un catálogo de librería con anotaciones de carácter mercantil, que pudiera sugerir la pregunta: ¿qué importancia tiene eso de saber cuáles fueron las lecturas predilectas del Libertador?

² Marius ANDRÉ, *Bolívar y la democracia*, págs. 257-258.

Esta pregunta da a entender que el que la plantea ignora u olvida que la novela que se ha granjeado el sufragio universal de los leyentes del mundo civilizado estriba precisamente en las lecturas del héroe protagonista que hubo de trocar su nombre de Alonso Quijano por el de don Quijote de la Mancha, de resultas de ellas.

Cierto es que la atribución de la locura del señor Quijano a las lecturas favoritas de la época, que ensalzaban las hazañas de los caballeros andantes, es invención de la fantasía de don Miguel de Cervantes Saavedra; pero ahí está el hecho histórico ocurrido en el terreno de la realidad de que un caballero ilustre y valeroso que, reducido al lecho del dolor por una herida grave, sin más distracción que la lectura de una hagiografía donde se relataba la vida de Jesús, renunció al siglo y a su pasión dominante por la gloria y el lustre de su propio nombre, cambió el suyo de Íñigo López de Recalde por el de Ignacio de Loyola y se consagró, una vez curado, a la glorificación del nombre de Jesús, en compañía de los que halló dispuestos a tan grande intento.



I. BOLÍVAR Y LOS LIBROS

La amistad de los libros

De Marco Tulio:

Después de la sabiduría, el don más excelso concedido por Dios a los hombres es, quizás, el de la amistad. Así lo insinúa Marco Tulio en su *Diálogo* sobre el tema en referencia.

Cierto que unos prefieren las riquezas; otros, la buena salud; quiénes, el poder; cuáles, las honras, y muchos, los deleites; pero observa, sagazmente, el docto varón que esto último es propio sólo de las bestias, y lo otro, caduco y percedero, dependiente no de nuestro arbitrio, sino de la inconstante fortuna.

Y explica este pensamiento: todas cuantas cosas se apetecen, cada una tiene su empleo particular: la riqueza, para el uso; el poder, para la veneración; las honras, para el aplauso; los deleites, para la fruición; la salud, para no sentir dolores y estar expedito en los ejercicios corporales; mas la amistad abraza muchas cosas, porque, a cualquiera parte que nos volvamos, la encontramos pronta, en todas tiene lugar, nunca es impertinente, jamás molesta. De modo que, como dice un proverbio: no usamos más del agua y del fuego que de la amistad. Nada, pues, más adecuado que llamar amistad las relaciones que nos unen a los libros.

De R. de Bury:

Muy acertadamente expresa Ricardo de Bury, obispo de Durham, lo que debemos a los libros, en su obra *Philobiblón*, escrita antes de 1344 y publicada en 1473, primer ensayo inglés sobre las maravillas de la literatura:

Contemplad a los maestros que nos instruyen sin reglamentos ni férulas, sin frases rudas ni airadas, sin pedir regalos o dinero. Si os acercáis a ellos, no duermen; si les preguntáis con mirada examinadora, nada esconden; si les desconocéis, no se quejan; si sois ignorantes, no os reprenden.

De Petrarca:

La amistad invariable que nos ofrecen los libros siempre ha sido reconocida por quienes saben leerlos:

Tengo amigos –dice Petrarca– cuya amistad me es sumamente agradable. Pertenecen a todas las edades y a todos los países. Han sobresalido al mismo tiempo en el campo de batalla y en el silencio de su estudio y han merecido

¹ Lord AVERBURY (John LUCROCK), *La canción de los libros*, pág. 45.

grandes honores por su saber científico. Es fácil para mí llegar hasta ellos, porque siempre están a mi disposición y los tengo a mi lado, y los despiden cuando se me antoja. Nunca me importunan, y contestan en seguida a cualquiera de mis preguntas. Unos me narran los acontecimientos de otras épocas, otros me revelan los misterios de la naturaleza. Unos me enseñan a vivir, otros a bien morir. Éstos, con su alegría, desvanecen mis preocupaciones y alivian mi espíritu; aquéllos me fortalecen el alma y me enseñan la saludable lección de contar sólo conmigo mismo. Fácilmente abren ante mí los diversos caminos de todas las artes y de todas las ciencias, y puedo confiarme tranquilo en sus informaciones, en cualquier circunstancia. Y por todos estos beneficios, sólo me piden que les deje un lugar conveniente en un rincón de mi modesta casa, donde puedan reposar en paz, por cuanto a tales amigos encanta² más la quietud de un refugio tranquilo que el ruido de la sociedad mundana.

De I. Barrow:

Quien ama el libro –dice Isaac Barrow– nunca deja de tener a un amigo fiel, a un sabio consejero, a un compañero jovial, a un consolador valiente. Quien estudia, lee, piensa, puede divertirse y distraerse inocente y alegremente,³ cualquiera que sea el tiempo que haga y la situación en que se halle.

De Southey:

Southey contempla los libros desde un ángulo menos risueño, pero siempre admirable:

Entre los muertos yo me paso el día
y evocando afanoso dondequiera
las edades que veloces transcurrieron,
estoy con la admirable compañía
de los grandes espíritus, que a otra esfera⁴
en los siglos pretéritos subieron.

De Aikin:

Imaginemos –dice Aikin– que pudiéramos llamar y evocar las sombras de los seres más grandes y más sabios que existieron, y que ellas hablaran con nosotros de los temas que más nos interesan. ¡Qué enorme ventaja! ¡Qué placer superior a todos los que conocemos generalmente!... Podemos interrogar a Jenofonte y a César sobre sus guerras; podemos oír

² *Ibid.*, págs. 45-46.

³ *Id.*

⁴ *Id.*

las oraciones de Demóstenes y Cicerón, sentarnos entre el auditorio de Sócrates y Platón, y seguir las explicaciones de Euclides y de Newton. En los libros poseemos, y⁵ en su mejor aspecto, las ideas selectas de los hombres más admirables.

De Collier:

Los libros –dice J. Collier– son una guía de los jóvenes y una distracción para los maduros. Por ellos, soportamos la soledad y no llegamos a ser una carga para nosotros mismos. Nos ayudan a olvidar lo mortificante de los hombres y de las cosas, alivian nuestros desvelos, calman nuestras pasiones y adormecen nuestras cóleras. Viviendo aún, podemos dirigirnos a los muertos, que no⁶ tienen ni acritud, ni soberbia, ni segundas intenciones en sus palabras.

De Cicerón:

Cicerón dice que una habitación sin libros es un cuerpo sin alma. Sin embargo, no es necesario en absoluto ser filósofo para amar la lectura.

De Gómez Manrique:

Gran señor, político influyente y guerrero corregidor de Toledo por los Reyes Católicos, y tío de Jorge el de la *elegía*, o mejor, la *meditación* sugerida por la muerte de su padre, en versos armoniosos, flexibles y sueltos, exhorta a su rey en estos términos:

Mi consejo principal
es, gran señor, que leáis,
porque, sabiendo, sepáis
discernir el bien del mal.
Que si la sabiduría
es a todos conveniente,
más a la gran señoría
de los que han de ser guía
y gobernalle de gente

⁵ *Id.*

⁶ *Id.*

De Cervantes:

Cervantes, en el *Persiles*, observaba con su peculiar agudeza de ingenio:

Las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta la experiencia de las cosas que no tienen los mismos que las han visto, a causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ellas no repara en nada; y con esto, excede la lección a la vista.

De Lope:

Lope, el gran 'Fénix de los Ingenios' hacía decir a uno de los personajes de su comedia *La viuda valenciana*:

Es cualquier libro discreto
(que si cansa, de hablar deja)
un amigo que aconseja
y que reprende en secreto.

De Céspedes y Meneses:

Céspedes y Meneses, en *El soldado Píndaro*, no se queda corto en la alabanza:

Los libros –dice– muestran en poco tiempo lo que con gran trabajo enseña la experiencia en muchos años... Si el que los trata es justo, con ellos es más santo; si discreto, más sabio; si entendido, más cuerdo; y si bueno, mejor; porque su lección y discurso refresca la memoria, despierta el juicio e inflama los deseos para seguir a la virtud y caminar adelante con ella.

De Miranda y Paz:

En *El desengañado* (1663), dice su autor, don Francisco de Miranda y Paz: «No son los libros alhajas, sino compañía. Son amigos con quien se debe comunicar; no trastos de despreciar. Tenerlos solamente, suele dar crédito: comunicados y leídos, gran beneficio y provecho».

De Rodríguez Marín:

F. Rodríguez Marín, insigne cervantista, declara que

es realmente el libro todo esto, y mucho más todavía: es comida que satisface y no harta, visita que no se enoja si la despedimos, vela siempre en-

cendida, de cuya lumbre, sin menoscabarla, pueden tomar luz muchos entendimientos. El libro esperará sin impaciencia a que le interroguen, y tampoco le tendrá para que le dejen; él, siempre dócil a nuestros deseos, os aconsejará cuantas veces le preguntéis; él triunfará continuamente en la prodigiosa empresa de haceros actual lo más remoto, poniéndolo ante vuestros ojos como vivo y palpitante, pues ¿qué telegrafía sin hilos da más maravilla que comunicar, leyendo, no sólo con quienes están muy lejos de nosotros en cuanto al espacio, sino también con quienes están apartadísimos en cuanto al tiempo, porque pagaron hace diez, veinte o más siglos el inexcusable tributo de la muerte?

Además, la buena lección, la haza de copiosa mies, da grano para el pan de cada día, y dalo también para sembrar entrado que sea el otoño. Debemos agradecer al libro como alimento actual lo que palmariamente nos dice; pero no menos le agradezcamos la almáciga de los pensamientos que nos sugirió y que sin su lectura no habrían nacido.

Son los mejores amigos que puede tener el hombre: silenciosos cuando no se les inquiere, elocuentes cuando se les pregunta; sabios, como que jamás sin fruto se les pide consejo; fieles, que nunca vendieron un secreto de quienes les trata; regocijados con el alegre; piadosos con el dolorido, y tan humildes, que nada piden ni ambicionan, y, por ocupar poco espacio, se dejan estar de canto y estrechos en los estantes. ¡Oh, qué preciadísimo don del cielo es poder evocar como por conjuro mágico las veneradas sombras de los que fueron maestros del saber, y conversar con ellos siempre que nos place, y sentir con sus corazones y discurrir con sus luminosos entendimientos, y aprender, en fin, de su madura y saludable experiencia!

De Vicente Espinel:

¡Oh libros! —exclamaba el autor de la *Vida del escudero Marco de Obregón*—, ¡fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir y centinelas para bien morir! ¡Cuántos hombres de oscuro suelo habéis levantado a las cumbres más altas del mundo! ¡Y cuántos habéis subido a las sillas del cielo!

De Fernández de Andrada:

En la magistral *Epístola moral a Fabio*, en correcto terceto endecasílabo, su juicioso autor anhela reservarse del inventario de riquezas del mundo:

Un ángulo me basta entre mis lares;
un *libro* y un *amigo*; un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares.

De Mateo Alemán:

En el siglo de oro de las letras españolas, decía el autor de *Guzmán de Alfarache*: «Esta ventaja, hacen por excelencia los libros a los amigos: que los amigos no siempre se atreven a decir lo que sienten y saben... y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio».

De Montesquieu:

En un discurso ante la Academia de Burdeos, en alabanza del estudio y de la ciencia, y por consiguiente de los libros, Montesquieu se expresó magistralmente acerca de los motivos que deben impulsarnos a su cultivo:

«El primero es la interior satisfacción que sentimos al aumentar la excelencia de nuestro ser, al hacernos más inteligentes». Un segundo motivo lo encuentra el autor de *Cartas persas* en sí mismo:

El amor al estudio es casi nuestra única pasión eterna; todas las demás nos abandonan a medida que esta miserable máquina que nos las da se va acercando a su ruina... Conviene crearse el hombre una felicidad que no le abandone, que le siga en todas las edades; la vida es tan corta, que no debe contar por nada las dichas menos duraderas que él mismo.

Pero no sólo el egoísmo mueve al autor de *El espíritu de las leyes*, sino que también un motivo altruista le impulsa al estudio: «¿No es un bello designio el de trabajar para provecho del mundo, para hacer a los hombres que nos suceden más dichosos de lo que nosotros hemos sido? [...] Siempre he sentido una alegría secreta cuando se ha hecho algo por el bien común».

De Bolívar:

A través de estas páginas hemos de ver el interés que el Libertador tuvo siempre por los libros. En carta del 1º de agosto de 1827, escrita en Turbaco (en el departamento de Bolívar en Colombia) y dirigida al entonces coronel Tomás Cipriano de Mosquera, le dice: «Recomiendo a usted mucho mis papeles y mis libros que usted ha salvado tan oportunamente».⁷

⁷ S. BOLÍVAR, *Cartas del Libertador* (recopilación de Vicente LECUNA), Turbaco, 1º de agosto de 1827, t. VII, pág. 6.

Influencia de los libros

La influencia social que ejerce el libro ha preocupado con razón a los moralistas y aun a los legisladores, Porque, después de la palabra viva, aquél ha producido las más serias revoluciones sociales y políticas.

Se ha dicho que los libros de caballería de los siglos XIV y XV, que no son otra cosa que la exaltación fervorosa del valor, de la constancia, del entusiasmo, de la mujer y del amor, produjeron la España clásica de la edad de oro.

De igual modo, que la misma conquista de América no fue, en último análisis, «sino un maravilloso libro de caballería, escrito a espada y arcabuz, por unos cuantos caballeros andantes».

Los hechos portentosos de Hernán Cortés, de Francisco Pizarro, de Jiménez de Quesada, de Valdivia, no son otra cosa que el reflejo de las hazañas de Amadís o Palmerín.

El *Quijote* acaba con los libros de caballería; el *Emilio*, de Rousseau, revoluciona la educación; las obras de Víctor Hugo tornan definitivamente en romántico el mundo pseudoclásico; los escritos del conde León Tolstoy y de Gorky son los precursores del bolcheviquismo; Marx propaga el sistema social que lleva su nombre; el superhombre de Nietzsche inculca en la raza teutona un orgulloso ensimismamiento y una desestimación por toda clase de valores universales y absolutos, que habrían de llevarla a la humillación y al vencimiento; el *Werther*, de Goethe, y *El triunfo de la muerte*, de D'Annunzio, condujeron a no pocos al suicidio; *Los bandidos*, de Schiller, llevaron a muchos jóvenes al crimen; *La cabaña del tío Tom*, de Mrs. Beecher Stowe, influyó en la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; las obras de Pierre Loti acabaron con el misterio de la belleza y con la servidumbre de las mujeres de los harenes turcos.

En el orden individual, ahí está el hecho histórico también, recordado en algún lugar de estas páginas, en que la lectura de un libro determina un cambio en el espíritu de Íñigo López de Recalde, y éste, con carácter militante, funda la Compañía de Jesús, que tanta influencia había de tener en la formación de la juventud.

Y huelga recontar la historia del «toma y lee», que transformó al grande Agustín el Africano, para corroborar la idea de que, en el orden psíquico, las lecturas son como es el alimento en el orden fisiológico, según define el *Diccionario de la lengua española* el término en su acepción correspondiente al sentido figurado: «Alimento: tratándose de cosas incorpóreas como virtudes, vicios, pasiones, sentimientos y afectos del alma, *sostén, fomento, pábulo*».

Por otra parte, es aforismo de nuestro idioma: «Dime lo que lees y te diré quién eres», y esto puede decirse con más fundamento que «Dime con quién andas...», porque para lo del alma —dice Rodríguez Marín— los hombres suelen acompañarse de sus libros más que de sus amigos. Así lo confirman antiguos refranes castellanos: «Según lo que lees, así eres»; «Cuál libro leemos, tal vida hacemos».

Bolívar y su cultura

Hecha esta brevísima reseña del influjo del libro en la sociedad y en el individuo podemos levantar un extremo de la cortina que cubre el cuadro épico de la gesta del Libertador, para considerar la ingente labor de éste en dar estabilidad al gobierno de las nuevas repúblicas.

Para colocar las armas de la república en el grado de eficacia que tuvieron en la guerra de la emancipación, necesitó Bolívar poner en juego la lógica indomable de su espíritu razonador y el lujo desbordante de su caudalosa oratoria. Los pueblos dormían el sueño de la pasividad en la indolencia producida por el clima enervante de nuestras cordilleras y el debilitador de los valles y de los bosques aledaños al ardoroso medio de las tierras bajas que era necesario libertar. El poder de la persuasión para levantar a los pueblos no fue inferior al de los fusiles y cañones.

Por tener un exquisito temperamento de artista, por la cultura adquirida, por la violencia de sus pasiones, por la altura de su pensamiento y porque se abandonó cuando escribía a su naturaleza de escritor, Bolívar es, en punto a letras —dice Blanco-Fombona— lo más alto de su época en lengua de Castilla. Con Bolívar se realiza la revolución de independencia en las letras americanas. Fue, también en literatura, el Libertador. No fue literato de oficio, pero sí de genio. Lo atestiguan sus cartas, donde recorre el diapasón de los afectos, desde la plácida amistad hasta el odio encendido, hasta la tristeza salomónica; sus proclamas, fulgurantes de poesía épica; sus discursos, persuasivos; sus documentos, a menudo de una armonía admirable entre la sobriedad del estilo y la altitud mental.⁸

Pero se dirá que esto nada tiene que ver con los libros que leyó el Libertador, objeto de estas líneas. Directamente, muy poco, pero claro está que su

⁸ R. BLANCO-FOMBONA, *Bolívar escritor*.

relación es análoga a la que tienen el árbol, dorado por los frutos maduros, y la tierra que le ha dado sus jugos.

El propio Bolívar nos cuenta algo de su primera educación, en carta dirigida a Santander el 20 de mayo de 1825, desde Arequipa, en la cual, al referirse a la obra del viajero francés Mollien, le dice:⁹

Lo que dice [Mollien] de mí es vago, falso e injusto. Vago, porque no asigna mi capacidad; falso, porque me atribuye un desprendimiento que no tengo; e injusto, porque no es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible por que yo aprendiese; me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson, que usted conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el barón de Humboldt.

Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando; y aprendí los idiomas extranjeros, con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio marqués de Uztaris, en cuya casa vivía. Todavía muy niño quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. Mollien no haya estudiado tanto como yo a *Locke*, *Condillac*, *Buffon*, *D'Alembert*, *Helvetius*, *Montesquieu*, *Mably*, *Filangieri*, *Lalande*, *Rousseau*, *Voltaire*, *Rollin*, *Berthollet* y todos los clásicos de la Antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España Francia, Italia, y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente a usted para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación como dice Mr. Mollien; aunque por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción puede serlo en América bajo el poder español.

Dicen que soy difuso; mejor diría que no era correcto, pues realmente no lo soy por precipitado, descuidado e impaciente; no sé cómo pueda ser difuso un hombre impaciente y precipitado. Yo multiplico las ideas en muy pocas palabras, aunque sin orden ni concierto.

Soy de usted, mi querido general, de todo corazón.

BOLÍVAR.¹⁰

⁹ G. MOLLIEU, *Voyage dans la République de Colombie*, Paris, 1824. (Nota: el subrayado de los nombres propios es nuestro).

¹⁰ BOLÍVAR, *op. cit.*, t. IV, págs. 337-38. (Nota: la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando fue fundada en Madrid en 1744; en 1773 se instaló en el magnífico edificio que hoy ocupa, No. 13 de la calle de Alcalá. En 1793 le dieron nuevos estatutos y se estableció la cátedra de matemáticas, regentada primero por don Benito Bails y luego, durante más de medio siglo, por don Antonio de Varas. *Breve reseña sobre la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, págs. 4 a 8, Madrid, 1928).

Francia

La historia del pensamiento humano está intrínsecamente ligada a la historia de los hechos de los hombres.

La índole pragmática del pueblo inglés le lleva en el siglo XVII, después de la revolución, a la expresión literaria del poder que ejerce una burguesía propietaria y dirigente, sobre la base de la libertad religiosa, política y económica.

En Francia, el proceso es contrario: la misma doctrina, conocida con el nombre de racionalismo, se emplea como preparadora de la revolución y medio de combate, merced a una generación de escritores que, con las armas de la razón, del arte y de la ciencia, anhela libertar al mundo de la opresión y de la ignorancia.

Las ideas de aquellos filósofos, científicos y literatos, en su mayoría citados por Bolívar en la carta dirigida por éste al general Santander, desde Arequipa, en 1825, influyeron seguramente, si no como inspiradores de sus ideales, al menos como animadores de los más altos sueños de libertad e igualdad, contrarios a las instituciones españolas que regían entonces en América.

La influencia de ‘Robinson’

Mucho de la heroica empresa se debe a la influencia de Simón Rodríguez, maestro del caraqueño entre los once y los quince años, y quien suplantó de esta suerte las enseñanzas tradicionales recibidas en el hogar paterno. No importa que la acción para realizar los nuevos ideales no haya de iniciarse hasta 1810, después de numerosas vicisitudes.

Rodríguez, en su viaje a través de España, Francia y Alemania, habíase convertido en uno de los más fervorosos propagandistas de las ideas de Rousseau. Las páginas de *El contrato social* habíanle revelado la disparidad entre la sociedad y la naturaleza, y le indicaban la fórmula para enmendar el desacuerdo; las del *Emilio* le trazaban el itinerario para enderezar con un retorno a la naturaleza su vocación de educador.

Según la fórmula del ginebrino, Rodríguez, por su sensibilidad, juventud y conocimientos de tierras lejanas, era el maestro ideal; y Bolívar, niño, huérfano, sano, rico, el discípulo requerido. Y por circunstancias del azar o de la fatalidad, el futuro Libertador de América meridional cayó en manos de aquel extraño revolucionario, enemigo de la Iglesia, que «trataba de resolver el difícil problema de no enseñarle nada a su discípulo».

El adiestramiento sin libros, como lo quiere Rousseau, se efectuaba jugando, haciendo ejercicio, inculcándole los grandes principios que se esparcían entonces por el mundo, valiéndose para ello de medios naturales y objetivos. En medio de la frivolidad de sus años de juventud se echaban, tal vez involuntariamente, los sillares inconmovibles de su futura grandeza, desarrollándole la atención, el poder de observación para aplicarlo a los problemas de su tiempo, la afición al análisis y un espíritu filosófico. De Lacroix, al trazar el retrato moral del Libertador en el *Diario de Bucaramanga*, habría de escribir en 1828: «Es muy observador y nota hasta los más pequeños detalles».

Diseñados en pocas palabras, veamos una muestra de los relatos que tuvo que hacerle el maestro a la razón del vivaz adolescente:

Que el rey, el buen rey más allá de los mares, no es precisamente un rey bueno; que, siguiendo trescientos años de ejemplo de sus antecesores, oprime, aquí como en toda América, cualquier movimiento espiritual, cualquier anhelo de libertad. Hace cosa de doce años, un descendiente de los antiguos incas, presentando leales proposiciones, envió a uno de sus parientes a Madrid, ante el rey, para rogar que se aboliesen viejas costumbres de esclavitud, pero el rey le hizo encarcelar. Él, ofendido, promovió entonces una revolución; muchos miles de indios le siguieron, y hubiera libertado a su país, de no traicionarle los suyos. Triunfó el partido del rey y, hecho prisionero, le obligaron a presenciar en plaza pública el sacrificio de su mujer y de sus amigos; después, tendiéndole en tierra, le amarraron a cuatro caballos que, al arrancar al galope, le descuartizaron vivo.

¿Qué efecto producirían en el espíritu del orgulloso mancebo los relatos sobre la manera irritante como eran tenidos los criollos por la política tres veces secular de aquella metrópoli, para considerar los títulos, las riquezas, las circunstancias de nacimiento o raciales, por pretextos para halagar la vanidad y fomentar desigualdades, y no como compromisos para mejor servir por parte de quienes se sentían, por virtud de tantos perjuicios, en posición privilegiada? ¡La injusticia, el abuso, el egoísmo, producen indignación y rebeldía, aunque no siempre se manifiesten!

«No he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado –le escribe Bolívar mucho tiempo después–. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles».¹¹

¹¹ BOLÍVAR, *op. cit.*, Pativilca, 19 de enero de 1824, t. IV, pág. 32.

Pero si la influencia magisterial de Rodríguez fue importante, no puede desconocerse que mucho del caudal literario, filosófico e histórico del Libertador brotó años después del diálogo tácito, franco e impaciente, sostenido por éste con los maestros de aquellas ideas a través de los libros; autores que otrora le habían hecho conocer: Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Plutarco y otros de que nos informa el propio Bolívar.



II. SUS VIAJES A EUROPA

Primer viaje de Bolívar a Europa

El joven Bolívar tuvo en Caracas varios maestros, entre ellos al futuro cantor de la zona tórrida y creador del más perfecto juicio filosófico sobre la lengua castellana. Con todo, sus progresos siguieron siendo «muy medianos». Huérfano en temprana edad, fue enviado por primera vez a Madrid en 1799. La carta del 20 de marzo de este año, escrita en el puerto de Veracruz, camino de España, en que da cuenta del viaje que hacía en el «San Ildefonso» a su tío Pedro Palacios y Sojo, revela un «estilo detestable y adornado además con asombrosas faltas de ortografía».

Llegado a la metrópoli europea, la encuentra envejecida o cansada de literatura pseudoclásica y decepcionada a causa de una reina licenciosa y de un soberano bochornosamente inconsciente o resignado. ¡Y pensar que, tanto para los españoles clásicos, como para los colonos hispanoamericanos, el rey era fuente de honor y de autoridad, como encarnación del Estado, y ministro de Dios en la tierra, aunque los reyes borbónicos que gobiernan después de Carlos II tienen más de amos personales y menos de institución simbólica que los Austrias, sus predecesores!

Relacionado con la corte de Carlos IV, mediante su tío Esteban Palacios, bien visto en ella por la amistad que tenía con Manuel Mallo, oriundo de la Nueva Granada y uno de los favoritos de la reina, pudo darse cuenta de la razón de ser del desprecio que inspiraba en Europa la política de España, manejada por gobernantes débiles de carácter, desopinados e inconstantes. Las conspiraciones urdidas por cortesanos, clero y agentes de los Borbones en Nápoles, contra Godoy, el Príncipe de la Paz, grande inquisidor, confesor de la reina, iban siempre a estrellarse contra el ascendiente que el favorito ejercía sobre la mujer del rey. ¡Qué poco edificante todo esto para un suramericano en cuyo país se veneraba a los soberanos como agentes de la Divinidad!

A pesar de todo, Bolívar anhela «dedicar más tiempo al estudio que al placer», y busca «con preferencia a las damas, la compañía de su pariente, el marqués de Ustáritz, digno y sobrio anciano, que recibía en su casa a la más ilustrada sociedad de Madrid» y en cuyo palacio vivió el joven Simón cuando su tío dejó la ciudad, quizá por alguna intriga cortesana. Ustáritz mismo, cuyas virtudes compara Bolívar con las de los virtuosos griegos que se presentan como modelos, da a éste las primeras lecciones provechosas que hasta entonces recibiera, y no tarda en declararse casi demasiado satisfecho de su

discípulo: con tal entusiasmo se dedica Bolívar al estudio, que está a punto de caer enfermo. Este ardor creciente que el joven caraqueño pone en todas sus empresas y que, con su espíritu de independencia, constituyen los distintivos mismos de su alma fogosa, le impulsan a emprender la obra magna de ilustrar su inteligencia y aquilatar su cultura, sin que aquel ambiente impropicio a sus sentimientos liberales consiga disminuir las características que le llevarán un día a habérselas con los propios ejércitos reales, avezados en la guerra por las luchas napoleónicas. Y trabaja con ahínco, mezclando la lectura de obras literarias con la de obras científicas, sin que su poderoso cerebro deje de asimilarse nada de la substancia. Su cultura intelectual, tan descuidada hasta entonces, hace progresos asombrosos, con lo cual colma de sorpresa a cuantos le tratan, acostumbrados a no ver en él sino a un adolescente mediano y frívolo.

Segundo viaje a Europa

Conoce –el Libertador– todos los buenos autores, algo los italianos e ingleses [...].

P. DE LACROIX, *Diario de Bucaramanga*, pág. 168.

Asegurada por Bolívar la administración de sus fincas en Venezuela a raíz de su viudez, determinó volver a Europa. En esta ocasión ofrece la vida del joven caraqueño muy importantes facetas que precisan el derrotero de su futura existencia.

Durante la corta estancia de su primer viaje habíase dado cuenta de que entre sus pensamientos como aspiraciones y la realidad se interponía todo un mundo de conocimientos que le era menester adquirir. En efecto, en 1803, decepcionado por la muerte de su esposa, realiza su segundo viaje, en larga travesía de La Guaira a Cádiz, para el cual había tomado autores –dice Mancini– como Plutarco, Montesquieu, Voltaire, Rousseau –sobre todo éste, cuyo sortilegio respiraba nuestro joven. Los infortunios de los amantes de *La nueva Eloísa*, debieron arrancarle lágrimas de aquellas en que tanto se complacía la sensibilidad de la época, extravagancia que padeció Bolívar como sus demás contemporáneos, pero que siquiera en él tenía por sincera excusa los ecos despertados en un corazón cuya herida estaba tan reciente.

En las obras filosóficas del ciudadano de Ginebra vio de nuevo las teorías preferidas de su maestro, y hasta pasajes enteros que Rodríguez le recitaba. Animábase en su espíritu el entusiasmo de las virtudes públicas. Este sentimiento

se precisaba a veces hasta dejarle entrever, en repentinos fulgores, visiones de porvenir. ¡La Libertad! Esta palabra causaba en él hondísimos estremecimientos. ¿No estaba él destinado a consagrarse a su vez a la religión nueva de la que había hallado más numerosos adeptos en su reciente visita a Caracas?¹

Tan pronto como desembarcó en Cádiz fue invitado a hacer parte de la Gran Logia Americana. Allí se le hace jurar:

Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino a aquél que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás, por cuantos medios estén a tus alcances, a que los pueblos se decidan por él.

Es obvio que Bolívar se había anticipado en sus pensamientos y anhelos de emancipación a este juramento o promesa, que no necesitaba hacer, y que la libertad la habría realizado a despecho de las «logias» y del mundo entero, si éstas no hubieran estado de acuerdo con aquél.

El ser humano –dice un pensador lusitano– excede sus propios límites; por eso mismo es por lo que es humano. No cabe dentro de fórmulas ni reglas. Sólo los cadáveres caben en un ataúd, que es la ley de las cuatro tablas... He ahí el motivo por lo que todo lo que se establece y fija, tomando una forma definida, es modificado súbitamente por íntimas energías imprevistas: íntimas y trascendentales. Y son ellas las que determinan el futuro, y no la voluntad consciente. No mandamos: obedecemos a corrientes exteriores, oriundas del infinito. El espíritu no está en nosotros: somos nosotros los que estarnos en él, como el aire que respiramos.²

De Cádiz parte hacia Madrid, cubierto de luto y de tristeza. Llevaba a don Bernardo Rodríguez del Toro, padre de la malograda Teresa, las reliquias que había conservado de ella. Contaba apenas breves días de descanso en la Corte, cuando una resolución del rey, a consulta del Consejo, ordenó «salir de Madrid a todas las personas forasteras y extranjeras, de cualquiera estado y condición que fuesen, si no tenía domicilio verdadero de precisa residencia» (bando de 25 de marzo de 1804). Y con respecto a los que hubiesen ido de las Indias y Filipinas, mandaba «que saliesen, sin concederles prórroga sino por motivos muy poderosos». Extraña disposición que el Consejo de Estado pretendió justificar con la circunstancia de la escasez del pan, y que decidió

¹ J. MANCINI, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*, pág. 130.

² Texeira de PASCOAES, *San Pablo*, pág. 2.

al joven militar caraqueño a continuar viaje hacia París, a donde llegó en compañía de su amigo don Fernando del Toro, hermano de don Bernardo.

De Madrid se traslada a París. Chateaubriand acababa de crear un personaje en una de sus novelas, René, atormentado por el dolor y el desengaño, y que estaba de moda. Algunos biógrafos encuentran entre la vida atormentada de Bolívar y René no pocas analogías.

En Viena

Supo entonces que Samuel Robinson –tales eran los nombres nuevos de su maestro, Simón Rodríguez– se encontraba en Viena, y se fue en busca suya.

Yo esperaba mucho –escribiría Bolívar tiempo después (en París, 1804)– de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis goces y penas, del Mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre para mí tanto imperio. ¡Ay!, en esta circunstancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias... Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química que tenía un señor alemán... Apenas le veo una hora al día. Cuando me reúno a él me dice de prisa: Mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerte, y éste es el solo medio que hay para que te cures... Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. ¡Caigo muy pronto en un estado de consunción; y los médicos declaran que voy a morir: era lo que yo deseaba!

Una noche que estaba muy malo, me despierta Rodríguez con mi médico; los dos hablan en alemán. Yo no comprendo una palabra de lo que ellos decían; pero, en su acento y en su fisonomía conocía que su conversación era muy animada. El médico, después de haberme examinado bien, se marchó. Tenía todo mi conocimiento, y aunque muy débil, podía sostener todavía una conversación. Rodríguez vino a sentarse cerca de mí: me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. Sabéis con qué encanto persuasivo –le escribe Bolívar a su prima, la baronesa de Trobriand-Aristeguieta, esposa del general Du Villars, y una de las mujeres que más hondo surco labró en el alma tornadiza del Libertador– habla este hombre: aunque diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade, como lo hace siempre que quiere. Viéndome entonces un poco mejor, me deja; pero al día siguiente me repite iguales exhortaciones.

La noche siguiente, exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podía hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije: Sí, sin duda, yo siento que podría lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis; pero sería preciso que fuese rico... Sin medios de ejecución, no se alcanza nada; y lejos de ser rico, soy pobre, y estoy enfermo y abatido. ¡Ah, Rodríguez, prefiero morir!... Le di la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vio en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita: quedó un instante incierto, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. En este momento levantó los ojos y las manos hacia el cielo, exclamando con voz inspirada: ¡Se ha salvado! Se acerca a mí, toma mis manos, las aprieta con las suyas que tiemblan y están bañadas en sudor. Y en seguida me dice con un acento sumamente afectuoso: Mi amigo, si tú fueses rico, ¿consentirías en vivir? Di, responde... Quedé irresoluto: no sabía lo que esto significaba. Respondo: Sí. ¡Ah!, exclama él, entonces estamos salvos... ¿El oro sirve, pues, para alguna cosa? Pues bien: ¡Simón Bolívar, sois rico: tenéis actualmente cuatro millones!... No os pintaré, querida Teresa [así llamó caprichosamente a la baronesa de Trobriand-Aristeguieta], la impresión que me hicieron estas palabras: *Tenéis actualmente cuatro millones*. Tan extensa y difusa es nuestra lengua española, que es, como todas las otras, impotente para explicar semejantes emociones. Los hombres las prueban pocas veces: sus palabras corresponden a las sensaciones ordinarias de este mundo; las que yo sentía eran sobrehumanas; estoy admirado que mi organización las haya podido resistir.

Me detengo: la memoria que acabo de evocar me abruma. ¡Oh, cuán lejos están las riquezas de dar los goces que ellas hacen esperar!

Estoy bañado en sudor y más fatigado que nunca, después de mis largas marchas con Rodríguez. Voy a bañarme. Os veré después de comer para ir al Teatro Francés. Os pongo esta condición: no me preguntaréis nada relativo a esta carta, comprometiéndome a continuarla después del espectáculo.

Rodríguez no me había engañado: yo tenía realmente cuatro millones. Este hombre caprichoso, sin orden en sus propios negocios, que se enredaba con todo el mundo, sin pagar a nadie, hallándose muchas veces reducido a carecer de las cosas más necesarias, ha cuidado la fortuna que mi padre me dejara, con tan buen resultado como integridad, pues la ha aumentado en un tercio. Sólo ha gastado en mi persona ocho mil francos durante los ocho años que he estado bajo su tutela. Ciertamente, él ha debido cuidarla mucho. A decir verdad, la manera como me hacía viajar era muy económica... ¡Él no ha pagado más deudas que las que contraje con mis sastres; pues la relativa a mi instrucción era muy pequeña porque él era mi maestro universal!...

Rodríguez pensaba hacer nacer en mí la pasión por las conquistas intelectuales, a fin de hacerme su esclavo.

Espantado del imperio que tomó sobre mí mi primer amor, y de los dolorosos sentimientos que me condujeron a la puerta de la tumba, se lisonjeaba de que se desarrollaría mi antigua afición a las ciencias, pues tenía medios para hacer descubrimientos. ¡Ay, el sabio Rodríguez se engaña, me juzga por él mismo! Llego a los veintiún años; no podía ocultarme por más tiempo mi fortuna; pero me la habría hecho conocer gradualmente, y de esto estoy seguro, si las circunstancias no le hubiesen obligado a hacérmela conocer de una vez. No había deseado las riquezas: ellas se me presentaban sin buscarlas, no estando preparado para resistir a su seducción. Me abandono enteramente a ellas. Nosotros somos los juguetes de la Fortuna. A esta gran divinidad del Universo, la sola que reconozco, es a quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de la ciencia, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi solo culto, el único objeto de mi vida. Los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Pretendéis que yo me inclino menos a los placeres que al fausto: convengo en ello, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria.

Rodríguez no aprobaba el uso que ya hacía de mi fortuna: le parecía que era mejor gastarla en instrumentos de física y en experimentos de química; así es que no dejaba de vituperar los gastos que él llamaba necedades frívolas. Desde entonces, ¿me atreveré a confesarlo?... Desde entonces sus reconvenções me molestaban y me obligaron a abandonar a Viena, para librarme de ellas. Me dirigí a Londres, donde gasté ciento cincuenta mil (150.000) francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa.

En fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres.

Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París, con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me convenga: pero, Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás, y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado. Sólo hace tres semanas que he llegado aquí, y ya estoy aburrido.

Ved aquí, mi amiga, todo lo que tenía que decir del tiempo pasado; el presente no existe para mí: es un vacío completo donde no puede nacer un solo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria. Será el desierto de mi vida... Apenas tengo un ligero capricho, lo satisfago al instante, y lo que yo creo un deseo, apenas lo poseo, sólo es un objeto de disgusto. Los continuos cambios que son el fruto de la casualidad, ¿reanimarán acaso mi vida? Lo ignoro; pero si no sucede esto, volveré a caer en el estado de consunción de que me había sacado Rodríguez al anunciarme mis cuatro millones. Sin embargo, no creáis que me rompa la cabeza en malas conjeturas sobre el porvenir. únicamente los locos se ocupan en estas

quiméricas combinaciones. Sólo se pueden someter al cálculo las cosas cuyos datos son conocidos; entonces el juicio, como en las matemáticas, puede formarse de una manera exacta.

¿Qué pensáis de mí? Responded con franqueza. Yo pienso que hay pocos hombres que sean incorregibles; y como es siempre útil el conocerse, y saber lo que se puede esperar de sí mismo, yo me creeré feliz cuando la casualidad me presente un amigo que me sirva de ejemplo.

Adiós. Iré a comer mañana con vos.

No sobra para algunos de los lectores aclarar y precisar que la destinataria de la carta precedente, Fanny de Trobriand, era hija de una hermana del señor Arísteguieta, de quien Bolívar había heredado el mayorazgo. Fanny tenía a la sazón veintiocho años. Había casado con el señor Dervieu du Villars, de mucha más edad que ella, en 1796, y demostraba a su primo un afecto que éste había acogido con agradecimiento. Los Du Villars habían conocido a su pariente en Bilbao, antes de su casamiento, y le habían recibido con mucho afecto a la llegada a París. Fanny se había constituido en consejera, en directora suya: exigía confidencias no tardando en convertirse en aquélla «a quien no obstante no podía negar nada».⁴

Con razón califica Mancini la carta anterior y demás referencias de ella de «puro romanticismo», lo que deja traslucir el estado de alma «del discípulo de Rodríguez y del apasionado lector de J.J. Rousseau». El biógrafo anterior recuerda a propósito la siguiente confidencia de Bolívar al general Mosquera: «Si no me acordara que hay un París, y que debo verlo otra vez, sería capaz de no querer vivir».⁵

«Incierto todavía de su destino, quiso saciar en los placeres la avidez de su alma. El libertinaje, el vértigo del juego (en una sola noche perdió cien mil francos), le absorbieron. Las Galerías del Bois, del Palacio Real, testigo fueron de sus grandes locuras».⁶ Mas el mismo joven caraqueño confiesa que esa vida de vanidad, fastuosa y delirante, concluyó por fastidiarle. Se necesita talento, buen tono y personalidad para no perecer donde naufraga la debilidad de muchos.

Bolívar era huésped de los salones de madame du Villars, de los Suger, de madame Talleyrand, de madame Suard, de madame d'Houdetot, que ofrecían «recursos de ingenio y de amable distinción que no podían sonarse más cumplidos», y frecuentados, no sólo por los políticos más célebres del Consulado

³ BOLÍVAR, *op. cit.*, t. 1, pág. 11.

⁴ MANCINI, *op. cit.*, págs. 133-34.

⁵ T.C. de MOSQUERA, *Memorias*.

⁶ F. LOZANO Y LOZANO, *El maestro del Libertador*, pág. 64.

y de los primeros tiempos del Imperio napoleónico, sino por figuras como madame Récamier y madame de Staël.

Impulsivo, de palabra fácil y amena y amigo de discutir —dice Mancini—, ocupaba Bolívar en aquella sociedad un puesto al que parecía no haber podido pretender, así por su juventud como por su calidad de extranjero. [...] No temía ostentar sus ideas liberales, en una época en que hasta los más avanzados juzgaban oportuno atenuar el color de sus opiniones. Bolívar era una nota de exotismo, exotismo algo brusco, pero cuyo ingenioso atrevimiento a todos interesaba, a todos se imponía [...]. Era, en aquella época un joven de noble y hermosa apostura. Dondequiera que estuviera, difícilmente se habrían dirigido hacia otro las miradas de los circunstantes. Ya desde entonces emanaba de toda su persona aquel irresistible magnetismo que, más tarde, había de obligar, hasta a sus enemigos más decididos, a permanecer sumisos en su presencia.

Retorno a los libros

Serenado Bolívar de aquella vida estrepitosa, vuelve a los libros. Cultiva la amistad del barón Alejandro de Humboldt, que fue, «durante el otoño y el invierno de 1804, el huésped privilegiado de los salones de París». Acababa de regresar de los países equinociales de América, después de un viaje de nueve mil leguas, en compañía de Aimé Goujaud Bonpland, alumno éste de la Escuela de Medicina y del Jardín de Plantas. Era la más importante exploración hecha en regiones de América meridional y Méjico a través de comarcas «mal conocidas y mal visitadas todavía». A estos lugares deben agregarse La Habana, Filadelfia y Washington.

Merced a las observaciones de Juan de Ulloa, de La Condamine y de Azara, habían sido hechos, con más precisión, los mapas de América y la determinación de las coordenadas, pero la geografía del Nuevo Mundo meridional había quedado caracterizada muy imperfectamente hasta fines del siglo dieciocho. Sus verdaderos creadores fueron Humboldt y Bonpland.

Este par de sabios, atraídos por el deseo de conocer a José Celestino Mutis, vinieron a Santafé, donde permanecieron dos meses. La exploración general había durado cinco años.

⁷ MANCINI, *op. cit.*, págs. 136-37.

⁸ *Ibid.*, págs. 138-39.

Humboldt, América y Bolívar

Se ha dicho, y así tuvo que ser dentro del orden humano, que las ideas fueron el motor de los actos de Bolívar. De ahí la poderosa influencia de Humboldt, libro vivo de América, en que leyó aquél directamente, al calor de la palabra vibrante, transmisora del impulso definitivo.

Humboldt dispensó a Bolívar, quien casi a diario le visitaba, una acogida de lo más afectuosa, dice Mancini. El joven sudamericano estaba emparentado con las familias de la sociedad de Caracas que se habían disputado los minutos del *sabio barón*, a quien habían rodeado de atenciones, y de quienes conservaba Humboldt un recuerdo realzado por la entusiasta ternura que asoma a cada momento en su correspondencia y en sus obras.⁹ Los Ustáritz, Toros, Ávilas, Soublettes, Montillas, Sanz y otros más, habían festejado al viajero en sus casas o en sus haciendas...

Cada una de las etapas de Humboldt y de su compañero en las capitales americanas –continúa el biógrafo– había sido señalada por otros testimonios de solícita estimación. En todas partes hallaron, no sólo hombres que les comprendían, sino también sabios cuya colaboración les fue útil:

Sudamericanos o españoles, en su mayoría ingenieros, marinos, cosmógrafos, profesores de ciencias naturales, con instrucción variada, llenos de virtudes y de talento, con quienes se podía componer una lista de nombres suficiente por sí sola para la ilustración de todo un siglo –dice Humboldt–.

En Santafé, Mutis puso a disposición de los visitantes europeos las colecciones de ciencias naturales que había atesorado; además, a Caldas, «su discípulo preferido», para que les sirviera de guía: «un verdadero prodigio», al decir del sabio prusiano. Lima y Quitó habían dejado a éste espléndidos recuerdos. Méjico le había deslumbrado; sus «nobles artes», sus escuelas y su jardín botánico fueron para el barón motivo de sorpresa y admiración. En fin, el relato de los sentimientos y de las aspiraciones «que se manifestaban en los pueblos sudamericanos», «la ira que sobre todo en Venezuela había causado la ejecución de España y sus compañeros»;

... la conclusión habitual de aquellas conversaciones, a las que era cada vez más asiduo Bolívar, le hizo exclamar cierto día:

–¡Radiante destino, en verdad, el del Nuevo Mundo, si sus pueblos se vieran libres de su yugo, y qué empresa más sublime!

⁹ T.E. HAMY, *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt*. Cf. MANCINI, *op. cit.*, pág. 141.

¹⁰ *Ibid.*

—Yo creo que su país está maduro —contestó su interlocutor—, mas no veo al hombre que pueda realizarla.¹¹

Aquel día, dice Mancini, salió Bolívar pensativo del cuarto de trabajo de Humboldt. Un resplandor había iluminado su espíritu. Acababa de ver el objetivo hacia el cual habían de tender sus energías, la obra magna a la que, desde aquel momento, ardía en deseos de consagrarse. Resolvió no continuar viviendo tan inútilmente. Desde aquel momento se consagró a la libertad como se había entregado al placer: con todo el arranque de su temperamento formidable, que encontraba, por fin, el puro manantial capaz de saciar la ardiente sed que le devoraba...

En París

Es de anotarse que el 18 de mayo de aquel año (1804), Bolívar había presenciado la proclamación del Imperio.

Bonaparte, que tanto le había seducido, llamándose luego Napoleón I, apareció en el alcázar de las Tullerías con su séquito de condestables, de dignatarios y de mariscales. Napoleón había franqueado la postrer grada, descubierto el trono y sentándose en él, tintas aún las manos en la sangre de los Capetos, de quienes quería ser heredero, y saludado como tal por los pueblos y los reyes. En cambio de la libertad, que la monarquía no podía dar, el nuevo Carlomagno prometía seguridad, confianza y gloria. Desde ese momento, Bolívar no pudo tolerar más el elogio de Bonaparte. —Desde que Napoleón fue rey —decía— su gloria me parece el resplandor del infierno; las llamas del volcán que cubrían el mundo.

No quiso asistir al magnífico espectáculo de la coronación; ni se reservaba de criticar con amargura la vileza del pueblo y la usurpación del Cónsul, llegando su arrojo hasta disputar con agentes mismos del gobierno. El general Oudinot, que fue después duque de Reggio y que había recibido una espada de honor del emperador y un cañón tomado a los austríacos; M. Delagarde, jefe de la policía imperial; el general Saravy y otras personas favorecidas por Napoleón, participaron de estas querellas tempestuosas.¹²



¹¹ *Documentos relativos a la vida del Libertador*, publicados en 1826 a 1827, t. I, pág. 7. Citados por MANCINI, *op. cit.*, pág. 143.

¹² Felipe LARRAZÁBAL, *Vida del Libertador Simón Bolívar*.

Se terminó de imprimir en Bogotá D.C.,
en octubre del año 2003.

«Cuando se estudia la vida de un grande hombre, los biógrafos suelen seguir cronológicamente el itinerario de sus hechos notables, de aquellos acontecimientos de su vida pública y privada que fueron hitos de su existencia y que quedaron allí, detenidos en el tiempo, señalando los perfiles mismos de la personalidad que se proponen definir y analizar. Raras veces se detienen en el señalamiento de sus lecturas, de sus libros y autores preferidos, para destacar las influencias que éstos ejercieron sobre sus vidas y sobre las obras que aquéllos nos legaron. Error imperdonable, si se tiene en cuenta que las lecturas son indudablemente el más importante bagaje que han tenido en el maravilloso peregrinar por la existencia y que ellas han sido, en la mayoría de los casos, el factor determinante para sus más importantes empresas [...]; por lo cual se ha dicho y repetido tantas veces aquel famoso aforismo: “Dime qué lees y te diré quién eres”. De ese error no está exenta la mayor parte de las biografías que se han escrito, hasta ahora, sobre el Libertador Simón Bolívar.

»Ese vacío inexplicable lo ha venido a llenar el historiador y catedrático, ya fallecido, don Ramón Zapata, en su interesante y ameno libro titulado *Libros que leyó el Libertador Simón Bolívar*, publicado gracias al interés de su hijo, don Felipe Zapata. De su lectura se desprende y se confirma que Bolívar no era, como lo describen algunos de sus biógrafos, un individuo de una educación descuidada, un simple autodidacta, sino, por el contrario, una personalidad de una sólida cultura y, sobre todo, un lector infatigable. Un hombre que amó los libros hasta el delirio y que supo extraer de ellos sus mejores enseñanzas, haciendo de la cultura el eje mismo de su actividad, como lo podemos comprobar en todas sus proclamas, memorias, cartas y demás documentos públicos y privados, que hoy están cuidadosamente ordenados por don Vicente Lecuna y por los demás estudiosos del grande hombre [...].

»Rastreado esos documentos personales del Libertador, don Ramón Zapata ha logrado escribir, en magnífica síntesis, lo que pudiéramos llamar la biografía espiritual del héroe, destacando los puntos culminantes en la trayectoria de su pensamiento, vale decir, de su maravillosa aventura intelectual, de la cual son hijas todas sus empresas».

[Del *Prólogo*, escrito por Eduardo Santa]



Universidad de Bogotá
JORGE TADEO LOZANO